

# TEMAS HISTORICOS



## La Segunda Guerra Mundial

Por: Hernando Gaitán Linares

### “El Frente Occidental”

(Segunda parte)

#### La Campaña de Polonia.

Cuando se aproximaba a la inevitable borrasca Stalin, aleccionado por las experiencias de Austria y Checoslovaquia, comprendió que se imponía un cambio radical en las relaciones diplomáticas, para hacer frente a las amenazantes perspectivas que implicaban para la Unión Soviética los avances de los nazis hacia el este. Y en momentos en que Hitler decidió lo que sería el destino de Polonia,

tal como lo había anunciado en “Mi Lucha”, optó sin vacilaciones por adherirse al plan de desmembración a sabiendas de que Inglaterra y Francia, tampoco intentarían cerrarle el paso a las huestes alemanas, como al efecto ocurriría cuando éstos desencadenaran su aplastante ofensiva. No pesó en su ánimo en momento alguno la reacción que éste paso suscitaría en las cancillerías de los aliados occidentales, y en los

demás países del mundo. Y para acomodarse al nuevo clima político, no vaciló tampoco en retirar del escenario diplomático a su más hábil negociador, Litvinov, sustituyéndolo por Molotov, hombre frío y metódico que gozaba de toda su confianza y que inspiraba seguramente mayor credibilidad en las altas esferas alemanas. Este procedió de inmediato a la búsqueda de los argumentos necesarios para la normalización de las relaciones ruso-alemanas, que pasaban por un estancamiento que se venía acentuando desde la ocupación de Checoslovaquia. Las conversaciones adelantadas entre las dos cancillerías concluyeron con un acuerdo formal que preveía el reparto de Polonia y la concertación de un plan de intercambio comercial, más favorable a los nazis que a los comunistas. Sin embargo, para nadie fue dudoso que ambos dictadores con este acuerdo apenas oponían una tregua a su inevitable enfrentamiento, una vez que el Führer alemán liquidara su confrontación en el frente occidental.

Mientras que el avance soviético en Polonia se limitó a ocupar las zonas acordadas con Alemania, el ejército nazi al amanecer del primero de septiembre de 1939, irrumpió en tres direcciones convergentes a un plan de encerrar los efectivos militares polacos, en un círculo de hierro en el cual participaban 56 divisiones, apoyadas por 1.500 aviones que lanzaron un huracán de bombas sobre los aeródromos,

instalaciones militares, centros industriales y redes de carreteras y ferrocarriles.

Con su habitual precisión entró en operaciones la aplanadora alemana dentro de una perfecta sincronización. Desde Prusia Oriental inició su avance el 3º ejército integrado por 8 divisiones, rumbo a Varsovia y Bialystock; el 4º ejército con doce divisiones partió de Pomerania a fin de destruir la fuerza polaca del Corredor de Dantzing, para avanzar luego al suroeste y Varsovia por ambas márgenes del río Vístula; para proteger el saliente poseen estaban apostadas tropas de reserva; a la derecha el 8º ejército con 7 divisiones debía cubrir el flanco izquierdo del avance principal; este ataque estaba confiado al 12º ejército constituido por 17 divisiones que se enrumbaban hacia Varsovia; en el sur el 14º ejército, con 14 divisiones tenía encomendada una doble misión: ocupar la zona industrial del oeste de Cracovia y luego girar sobre Lemberg en el suroeste polaco. Todo este conjunto disponía de 9 divisiones blindadas, de óptima calidad.

En el plan se proponía, una vez perforado el dispositivo polaco, con dos movimientos de tenaza, envolver en un anillo de acero a las huestes polacas. El primer movimiento de la tenaza, partiendo del norte y del sureste, se cerraría sobre Varsovia; el segundo más vasto, conformado por el 3º ejército debía marchar sobre Brest Litovsk para juntar-

se al 14º, una vez que éste ocupara Lemberg. Si alguna fuerza polaca lograba evadir la tenaza, verían cortado su repliegue a Rumania.

El avance relámpago encabezado por los nueve núcleos blindados y la aviación de diversos tipos, sorprendió en los aeródromos a la aviación polaca que no pudo de ahí en adelante hacer acto de presencia en el espacio aéreo.

No obstante que los polacos barruntaban el peligro de la invasión, sus fuerzas se hallaban diseminadas en la frontera, carentes de una reserva central. Su débil resistencia fue aplastada y el plan militar alemán se cumplió inexorablemente entre el 1º y el 17 de septiembre, culminado así en la más compleja encerrona, tal como lo habían planeado los altos mandos alemanes. Los polacos combatieron valerosamente hasta sucumbir el 28 de septiembre ante la más tremenda "Blitzkrieg" moderna.

Habría que decir como el héroe polaco, en otra anterior desmembración "Finis Polonis".

### **La Campaña de Francia.**

Después de los grandes desastres diplomáticos en Checoslovaquia y Polonia, los ingleses en colaboración con Francia y con la venia de los Estados Unidos de Norteamérica, desarrollaron una serie de acciones navales en distintas zonas marítimas y apertura de un frente en Noruega, en el que participaron unidades navales,

escuadrillas aéreas y tropas de infantería, que culminaron con algunos éxitos marítimos y el fracaso de la expedición en la región báltica. El estado de guerra de los aliados contra Alemania permite apreciar que este paso lo dieron en condiciones de inferioridad militar, ya que ésta última disponía de 190 divisiones, de las cuales estaba en condiciones de alinear 150 en el frente occidental, al paso que aquellos solo contaban con 100, incluidas las 10 divisiones británicas apostadas cerca de la frontera belga. En cuanto al poderío naval, pese a la categórica superioridad inglesa y al respetable potencial francés, la primera no disponía de un solo crucero capaz de medirse con cualquiera, de los tres (3) acorazados de bolsillo autorizados a Alemania por el Tratado de Versalles. Sus seis (6) cañones de once (11) pulgadas, su velocidad de veintiséis (26) nudos y su blindaje, habían sido magistralmente comprimidos dentro de su desplazamiento de 10.000 toneladas. Estos tres acorazados constituían un tremendo poder destructor del tráfico marítimo. A ellos debía oponer Inglaterra su indudable capacidad estratégica naval y su táctica de combate proverbial desde los tiempos napoleónicos y en sus guerras libradas con España, Holanda y Portugal.

El conflicto que se libró de 1939 a 1945 entre las llamadas potencias democráticas, Inglaterra, Francia, los Estados

Unidos, Canadá, Australia, los países de la Comunidad Británica y la Unión Soviética, contra Alemania, Italia, el Japón y algunas naciones balcánicas, puede afirmarse que se originó principalmente en el hecho de no haberse podido restablecer una situación de equilibrio al finalizar la Primera Guerra Mundial (1914-1918), en la instauración de ideologías de carácter totalitario y de exaltado nacionalismo, así como el comunismo arraigado en la Unión Soviética.

Estos últimos factores, que podrían tratarse ampliamente en sus diversas implicaciones y consecuencias, no es posible estimarlos en tal forma en este breve resumen de acontecimientos principales, por ser aquellos por demás complejos y en muchos casos contradictorios y paradójicos.

De noviembre de 1939 a marzo de 1940 se cumplió, como de común acuerdo, un enfrentamiento pasivo entre los ejércitos de los beligerantes, tras sus posiciones en las líneas fortificadas Maginot y Siegfried, que los franceses con su agudo humorismo designaron "Drole de guerre". (Guerra Estrambótica).

### Primera fase de la guerra.

Esta especie de calmanchicha que en el argot naval suele aplicarse a esa tranquilidad que en ocasiones precede a las grandes tormentas, se interrumpió abruptamente el 10 de mayo de 1940, cuando un alud de hierro y fuego

se desencadenó sobre Holanda, seguido de una aplastante invasión aérea, que sumió al pequeño país en loca confusión.

La avalancha alemana sobre Holanda provocó en sus habitantes el mayor desconcierto, pues en momentos en que se cumplía la invasión, pese a que la guerra económica que los aliados habían desatado contra Alemania y que forzosamente involucraba a Holanda, partícipe de los acuerdos, los intereses alemanes no habían sufrido por parte de esta última menoscabo alguno, pues los holandeses, en una especie de contra bloqueo siguieron importando materias primas tales como caucho, fibras textiles, cueros, pieles y diversos metales, que enviaba a Alemania para ser manufacturados y que ésta devolvía en productos elaborados. -Tales consideraciones por demás lógicas- no fueron ni podían ser consideradas por los alemanes, que a través del territorio holandés habían planeado irrumpir, para lograr evadir el problemático asalto a la Línea Maginot, en el fulminante avance proyectado sobre Francia e Inglaterra.

Tal fue el costo que debieron pagar los holandeses, en primer término por su situación geográfica y en segundo, por su obstinada posición de neutralidad militar, que no quebrantaron pese a los requerimientos de los aliados para prestarle su concurso en caso de agresión armada.

En el curso de los acontecimientos que tuvieron lugar en Holanda, se pudo comprobar plenamente la capacidad táctica alemana, en contraste con la pusilanimidad de Inglaterra y Francia que con inconcebible prevención y respeto a la neutralidad en tales circunstancias, no procedieron a penetrar en Holanda para contrarrestar y quizás contener la invasión alemana para flanquear la Línea Maginot. También cabe pensar, cómo aquella ante el inminente peligro, que se avecinaba y con antecedentes como los de Austria y Checoslovaquia, continuó invocando tenaz e inútilmente su condición de neutralidad. Esta equívoca concepción en momentos trascendentales, no sólo sería fatal para ella sino para el futuro de la guerra en el frente occidental.

Igualmente, los belgas, que confiaron ciegamente en la seguridad de sus zonas fortificadas y también en su situación de neutralidad, fueron en breve expulsados de sus reductos y obligados a retroceder a la línea del río Gette, para establecer al fin contacto con las fuerzas anglofrancesas, que se habían visto frenadas para acudir en su apoyo.

La magnitud del empuje alemán les permitió en su avance arrollador alcanzar la margen occidental del río Escalda, a ambos lados del Dinat y Sedán.

Tan rápido desplazamiento sumió a los franceses en desconcierto y conjeturas. Su cuartel ge-

neral no sabía, a ciencia cierta, si el próximo asalto se enrumbaría contra la izquierda de la Línea Maginot a través de Luxemburgo o hacia Bruselas por Maestricht. La reñidísima acción que se empeñó no permitió al comando francés tomar adecuadas posiciones antes del próximo ataque alemán. Ante los ojos asombrados del General Gamelin el dispositivo francés comenzó a hundirse bajo presión de las tropas blindadas del General Kleist, que dispersaron y destruyeron las unidades francesas prosiguiendo un avance nunca antes conocido por su ímpetu, violencia y velocidad. Winston Churchill, al comentar este hecho de armas lo relató así: "El gran ejército francés fue, de momento, obligado a retroceder y desbaratado por el empuje de unos pocos miles de vehículos blindados. No puede suceder también que la causa de la civilización sea defendida por la destreza y la abnegación de unos pocos millares de aviadores". ¿Pero fue aún más lejos en su apreciación: "Sólo veo un modo seguro de salir adelante, a saber, que Hitler ataque nuestro país y que al hacerlo pierda su fuerza aérea"?

Ese 10 de mayo, a las 5 horas y 30 minutos empezó la invasión alemana a Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Francia. El mando alemán utilizó para la ofensiva 72 divisiones, otras 47 de reserva y 17 defendiendo la "Línea Sigfrido". Los aliados occidentales, opusieron a estas 134 divisiones

alemanas, un conjunto de 133 divisiones: 91 francesas, 10 inglesas, 22 belgas, 9 holandesas y 1 polaca. Estos dispositivos permiten apreciar igualdad entre los dos adversarios, salvo en lo que respecta a la aviación que presentaba sensible supremacía alemana. Su comando basaba sus planes en la sorpresa operativa, en la escasa preparación psicológica del enemigo para oponer una eficaz resistencia y en rápido desplazamiento de las tropas. Por lo que hace a los aliados occidentales éstos carecían de coordinación entre las tropas de las distintas nacionalidades como lo demostrarían en el curso de las operaciones. Igualmente, y como ya se explicó en este mismo ensayo, la tesis de neutralidad de holandeses y belgas, jugaría un papel decisivo, por lo que hace a la coordinación y concierto en los movimientos operativos.

Correspondió al Coronel General Von Rundstedt, comandante del grupo de ejércitos "A", asestar el golpe principal en la zona de las Ardenas, a través de Luxemburgo, en la confluencia de las fronteras francesa y belga entre Dinant y Sedán. Este grupo contaba con 52 divisiones, incluidas 9 de tanques. La fuerza de choque fundamental le fue confiada al General Von Kleist que disponía bajo su mando de 5 divisiones de tanques y 5 motorizadas.

El grupo de ejércitos "B" al mando del Coronel General Von Bock, debía irrumpir en Holanda

y Bélgica para atraer la mayor cantidad posible de tropas aliadas y sujetarlas. Contaba para este efecto con 27 divisiones, entre ellas 3 de tanques. En ese 10 de mayo Von Bock forzó el río Mosa y el Canal de Alberto, apoderándose así de la posición clave del sistema defensivo belga en la zona de Lieja. A su turno las unidades de Rundstedt cruzaron Luxemburgo y cayeron sobre los franceses en Sedán.

En estas dos acciones fueron arrollados los dispositivos aliados, se obtuvo la rendición del ejército holandés el 15 de mayo y la completa derrota del ejército francés del General Corap, con lo cual fue roto en 70 kilómetros el sector entre Sedán y Namur, que abría el camino hacia París.

El peso y la furia del ataque alemán tomó las características de arrollador. En todos los puntos atacados se inició el desplome de las posiciones francesas, lo que llevó a su comando a declarar: "Hemos sido vencidos. Hemos perdido la batalla".

Más adelante, en un tiempo que solo puede medirse por la intensidad de los bombardeos a que fue sometida Inglaterra, se justificó plenamente aquella presunción. Un observador británico ante el colapso que afectó aquel frente no pudo menos de comentar: "¿Qué cabía pensar del gran ejército francés y de sus jefes superiores?". Pero su asombro fue aún mayor cuando fue enterado de la inexistencia de reservas



estratégicas, para los distintos frentes de operaciones. Fue tal la sensación de desastre que afectó el ánimo de los franceses ante el fracaso de las primeras batallas, que el General Gamelín cuestionado sobre el punto de si se proponía atacar los flancos de la penetración enemiga, contestó: "Tenemos inferioridad de número, inferioridad de equipos e inferioridad de método".

Así prosiguió el curso de los acontecimientos sin esperanza alguna de que se alterase el futuro de la guerra. La brecha de 70 kilómetros abierta en Sedán y por donde penetraban ininterrumpidamente las divisiones acoirazadas y las huestes de infantería transportadas, con una impresionante cobertura aérea, no se logró cerrar, ni siquiera mellar.

La retirada de los ejércitos franceses de aquel sector prosiguió para tratar de evadir la tenaza que amenazaba sus flancos. En los otros sectores, los franceses, belgas y británicos sostenían precariamente el constante empuje alemán.

Ante la gravedad de los hechos se produjeron drásticos cambios militares y políticos. El Mariscal Petain fue designado vicepresidente del consejo. El General Gamelín fue sustituido por el General Weygand, y otra serie de cambios afectaron las demás esferas gubernamentales y los altos medios burocráticos.

La fuerza expedicionaria británica evadía el cerco amenazador mediante vigorosos contraataques y reñidos encuentros de aviación, para mantener libre la ruta hacia el mar.

Las divisiones belgas, pese a su tenaz resistencia, veían aproximarse el cerco en Ipres frente a Dixmude. Sin embargo, todo hacía presagiar el desplome de este sector, como en efecto ocurrió el 28 de mayo, en que debieron izar bandera blanca y rendirse al 6º ejército alemán. La brecha dejada por su ausencia comprometió el destino de algunas fuerzas británicas, que abriéndose camino mediante furiosos contraataques, emprendieron una retirada regularmente ordenada para preparar su inevitable evacuación hacia Inglaterra. Esta operación, protegida vigorosamente por aviones de combate y los cuerpos de retaguardia, se inició con relativo orden en Dunquerque, a partir del 31 de mayo. 860 embarcaciones de diversos tipos y tamaños, realizaron su tarea bajo un incesante fuego de artillería alemana, apoyado por aviones Stuka, que se trenzaban en reñido encuentro con los Spitfire británicos. La evacuación u operación "Dinamo", cumplida entre el 27 de mayo y el 4 de junio totalizó 338.226 hombres, conforme a los archivos del almirantazgo: "98.780 procedentes de las playas y 239.446 del puerto de Dunquerque".

Cabe pensar lo que hubiera dificultado la evacuación de

Dunquerque, la prosecución del avance de las fuerzas de Kleist, que se detuvieron por orden expresa de Hitler, impartidas el 24 de mayo en Charleville al Coronel General Rundstedt. Al impartir sus instrucciones precisó, que no representando ya mayores esfuerzos la campaña de Francia, él podría concertar una paz temporal con Inglaterra, para proceder a desarrollar el avance hacia el este. A juicio de los observadores militares las pérdidas inglesas ya no solo se concretarían al equipo y material que debieron abandonar, sino que sus efectivos militares hubieran experimentado mayores bajas. A su turno, los británicos apreciaron que si los blindados alemanes hubieran proseguido su avance, se habría librado la batalla aero-naval más intensa de todos los tiempos. Ellos, como siempre, confiaban firmemente en su eficiencia aérea y en la artillería emplazada en sus destructores y barcos de combate que constituían una cortina de fuego, en su concepto infranqueable y capaz de barrer la costa francesa y el Canal de la Mancha.

Rundstedt declaró más tarde: "Si me hubieran dejado actuar con arreglo a mi deseo, los ingleses lo hubieran pasado mucho peor en Dunquerque, pero estaba maniatado por una orden personal de Hitler".

El 5 de junio principió la fase dramática de la campaña de Francia. El frente incluía el 2º, 3º y 4º grupos de ejércitos. El 2º defendía el sector del Rin y la Línea Magi-

not; el 4º estaba alineado a lo largo de Aisne y el 3º estaba escañonado desde el Aisne a la desembocadura del Somme. El resto de las fuerzas británicas destacadas en Francia, pertenecían al 10º ejército. Cerca de millón y medio de hombres, que en total integraban 65 divisiones, iban a ser asaltadas por 124 divisiones alemanas distribuidas en tres grupos de ejércitos, a saber: sector costero a las órdenes de Von Bock; sector central bajo el mando de Rundstedt y sector oriental a cargo de Leeb.

Después del reembarque inglés en Dunquerque las fuerzas acorazadas alemanas, reserváronse, una vez reorganizadas y alistadas, para la fase final de la contienda en Francia. Transcurrida esta breve pausa, todo aquel conjunto blindado se proyectó como un monstruo de acero sobre el débil, improvisado y vacilante frente francés que se hallaba desplegado de París al mar.

Ante el avance incontenible de los distintos cuerpos del ejército alemán, continuó el repliegue franco-británico hacia el mar. Los primeros bajo la perspectiva de un armisticio inevitable en opinión de sus mandos, ya en rápida desintegración; los segundos en procura de evacuar sus contingentes hacia Inglaterra, lo que lograron en una segunda especie de Dunquerque, reembarcándose en los puertos de Dieppe, San Valery y Le Treport.



Para Inglaterra esta operación, como la de Dunquerque, era de trascendental importancia aun cuando se perdiera casi en su totalidad el equipo y material de guerra. Con estos efectivos se incrementó apreciablemente la capacidad de lucha ante una eventual invasión de las islas. Para su rearme dependían de los despachos de armamentos que comenzaban a llegar procedentes de los Estados Unidos, que aun cuando no habían entrado aún en la guerra, estaban procediendo a prestar su decisivo concurso, apelando en principio a los grandes depósitos existentes desde la Primera Guerra Mundial.

Aunque tambaleante, la gran masa del ejército francés continuó a la defensiva, apoyado activamente por las escuadrillas de la RAF, que hostigaban sin descanso el avance germano. La alianza anglo-francesa se sostenía aún a pesar de las adversas condiciones militares en todo el movable frente de la lucha que se extendía sobre el territorio todavía en disputa.

El gobierno en previsión de un inminente colapso trasladó su sede a Burdeos. Una figura militar que parecía emerger del caos, impasible e inexpresiva y que había de ser en un futuro el salvador de Francia, sumida en la vergüenza y el oprobio de la derrota y a quien el estadista inglés Winston Churchill, apellidó como "L'homme du destin", era el General Charles De Gaulle.

Reynaud, uno de los pocos hombres de la alta política francesa que se mantenía honesto y digno de su papel histórico, dirigió al Presidente Roosevelt una desesperada apelación, pidiéndole que entrase en acción -por lo menos- una parte de la flota estadounidense.

Con fecha 13 de junio de 1940 el presidente dio respuesta a su petición de auxilio: "Su misiva del día 10 me ha conmovido profundamente. Como ya le he dicho a usted y al señor Churchill, este gobierno hace cuanto está en su poder para servir a los gobiernos aliados el material que tan apremiante necesitan. Incluso hemos redoblado nuestros esfuerzos para hacer más todavía en ese sentido. Y ello se debe a nuestra fe y deseo de ayudar a los ideales por los que pelean los aliados. La magnífica resistencia de los ejércitos francés e inglés ha impresionado profundamente al pueblo americano. Yo, personalmente, me siento muy afectado por lo que usted dice respecto a que Francia seguirá peleando por la democracia, aunque ello signifique una retirada lenta, quizá hasta el norte de Africa y el Atlántico. Es cosa importante recordar que las flotas francesa y británica siguen señoreando el Atlántico y otros océanos. También ha de recordar que los materiales enviados por el mundo exterior son necesarios para el mantenimiento de todos los ejércitos. Mucho me alienta también lo que el primer ministro Churchill dijo hace días, que el

imperio británico continuará la resistencia así como la circunstancia de que análoga determinación parece ir a ser aplicada al gran imperio francés, diseminado por todo el mundo. El poderío naval ofrece amplias lecciones históricas en los asuntos mundiales, como bien sabe el Almirante Darlán”.

Varias personalidades europeas, conscientes de la gravedad del momento, dirigieron también mensajes al Presidente Roosevelt, recabándole la urgencia de que la gran nación mediara en el conflicto para evitar que Europa cayera en manos de Hitler y sugiriéndole además el peligro de que el mismo mundo americano fuera la próxima presa del nazismo.

La respuesta del Presidente Roosevelt, no obstante reconocer la justeza de las apreciaciones y la indudable amenaza que entrañaba el triunfo de la Alemania nazi, manifestó que ella no constituía aún argumento suficiente para que él se decidiera por una intervención armada, pues semejante paso era potestativo del congreso americano.

Entre tanto la situación del frente francés siguió deteriorándose inevitablemente. Los dispersos restos del otrora poderoso ejército que tanta gloria había acumulado a través de los grandes acontecimientos históricos de las distintas épocas intentó vanamente una precipitada y última resistencia.

Pero el golpe final le fue descargado el 9 de junio de 1940,

con la activa participación de 8 divisiones acorazadas que irrumpieron velozmente creando una tremenda brecha en el frente para luego cerrar las tenazas alrededor de los efectivos franceses, que no tuvieron otra alternativa que solicitar la paz, incluyendo la Línea Maginot que el 14 de julio fue perforada ante Sarrebruck y junto al Rin, por Colmar. En conjunto, más de 400.000 soldados quedaron rodeados y cogidos en la maraña de la gigantesca batalla. Su rendición trajo consigo la de guarniciones cuyas defensas estaban aún intactas en los dos puntos. Así, la basta y desordenada batalla llegó a su fin en casi toda la extensión del territorio francés, y con ella culminó la fase final de la campaña alemana, iniciada en Holanda y Bélgica.

Hacia el 16 de junio de 1940 el grupo derrotista que acaudillaban Laval y el Mariscal Petain se adueñó —por así decirlo— de la voluntad de los hombres que aún representaban el vacilante gobierno francés. Su opinión opuesta a Inglaterra llegó a sugerir que “más valía convertirse en una provincia nazi que en un dominio británico”. Algún tiempo después el Mariscal de Campo Rommel habría de comentar: “Diez (10) divisiones blindadas nuestras decidieron la campaña de 1940 en Francia. Su éxito se vio facilitado por la inercia del mando anglo-francés”.

El gran viraje político propiciado por Laval y Petain fue un toque de alerta para Inglaterra. Francia al contemporizar con Ale-

mania descartaba de hecho toda colaboración con las islas británicas. Así lo entendió el General De Gaulle y partió para Inglaterra a encabezar y organizar un movimiento de liberación de la Francia vencida y convertida en un satélite de los nazis. Al día siguiente de su llegada desde los micrófonos de la BBC de Londres se dirigió al pueblo francés en los siguientes términos: "Los jefes que desde hace muchos años, están a la cabeza de los ejércitos franceses, han formado un gobierno. Este gobierno, alegando la derrota de nuestros ejércitos, se ha puesto en contacto con el enemigo para cesar la lucha. Es cierto que hemos sido y seguimos estando sumergidos por la fuerza mecánica, terrestre y aérea del enemigo. Infinitamente más que su número, son los carros, los aviones y la táctica de los alemanes, los que nos hacen retroceder. Son los carros, los aviones y la táctica de los alemanes, los que han sorprendido a nuestros jefes hasta el punto de llevarles a donde ahora se encuentran. Pero, ¿se ha dicho la última palabra? ¿Debe perderse la esperanza? ¿Es definitivamente la derrota? No! Creedme a mí que os hablo con conocimiento de causa y os digo que nada está perdido para Francia. Los mismos medios que nos han vencido pueden traer un día la victoria. Porque Francia no está sola! No está sola! No está sola! Tiene un vasto imperio tras ella. Puede formar un bloque con el imperio británico que domina los mares y continúa la lucha. Puede, como Inglaterra, utilizar ilimitadamente la industria de los

Estados Unidos. Esta guerra no está limitada al desdichado territorio de nuestro país. Esta guerra no ha quedado decidida por la batalla de Francia. Esta guerra es una guerra mundial. Todas las faltas, todos los retrasos, todos los padecimientos, no impiden que existan, en el universo, todos los medios para aplastar un día nuestros enemigos. Fulminados hoy por la fuerza mecánica, podremos vencer en el futuro por una fuerza mecánica superior. Va en ello el destino del mundo. Yo, General De Gaulle, actualmente en Londres, invito a los oficiales y soldados franceses que se encuentren o pasen a encontrarse en territorio británico, con sus armas o sin ellas, invito a los ingenieros y a los obreros especialistas de las industrias de armamento que se encuentren en el territorio británico, a ponerse en contacto conmigo. Ocurra lo que ocurra, la llama de la resistencia francesa no debe apagarse y no se apagará. Mañana, como hoy hablaré desde la radio de Londres".

Estos desarrollos políticos acarrearón un grave dilema para la Gran Bretaña, los Estados Unidos y los gobiernos europeos en exilio. ¿Qué iba a ser de la poderosa flota francesa? ¿Pasaría a poder de Hitler para aumentar su capacidad bélica? Así lo intuyeron los ingleses y con su criterio realista adoptaron la decisión de neutralizar tan poderoso riesgo. Esta no podía ser otra, que la neutralización de la armada francesa se realizara de una manera drástica. Todas las bases navales y los barcos de guerra británicos

recibieron la orden de incautarse de los navíos franceses, destruirlos o inutilizarlos por todos los medios posibles a su alcance. La orden se cumplió sin vacilación, con el apoyo de los comandos franceses en algunos casos; los bombardeos aéreos en otros, y el hundimiento en Tolón de sus mejores unidades por orden del Almirante Darlán, antes de que fueran incautadas por los nazis o los ingleses.

Después del derrumbamiento de Francia muchas gentes, amigas o enemigas de la causa alemana, se preguntaban si Inglaterra iba a sucumbir o a rendirse. Esta idea cobró mayor credibilidad cuando el 12 de julio de 1940 el gobierno de Petain se trasladó a Vichi como autoridad única legal, y que a continuación procedió a romper formalmente sus relaciones diplomáticas con Gran Bretaña. Este acto, después que Petain celebró un acuerdo con Alemania, era esperado por los ingleses como una consecuencia apenas natural del cambio político fundamental que se había producido. Desde este momento de tanta trascendencia histórica, Inglaterra se enfrentó a Alemania con su decisión inquebrantable de luchar por su supervivencia y por el destino de Europa. Su actitud le mereció la simpatía de casi todos los países libres del mundo y el respaldo de su imperio colonial, que le ofreció todo su respaldo y apoyo.

En los altos círculos gubernamentales de los Estados Unidos se celebró su actitud y se fue abriendo campo la posibilidad de

apoyar su causa con más energía que hasta entonces. Para la opinión estadounidense esta demostración, así como la neutralización de la flota francesa, cumplida con decisión y exitosamente, hizo cundir una impresión de intenso alivio. Ya nadie pensó en la claudicación de Inglaterra. Pero existían dudas sobre su capacidad de resistir la inminente invasión alemana. Esta amenaza que a no dudar entrañaba mortal peligro, tuvo la virtud de poner en acción todas las fuerzas vivas de esta nación que ya se había visto amenazada una vez por el poderío napoleónico, saliendo indemne de tan dura prueba.

Por considerar que los futuros acontecimientos ya no forman parte de la batalla de Francia, a continuación se tratará lo que fue el terrible choque aéreo entre Inglaterra y Alemania.

### **La campaña de la Gran Bretaña.**

Eliminada Francia como aliada de Inglaterra y convertida en colaboradora de Alemania con excepción de algunas regiones de su imperio colonial, donde dominaban los franceses libres del General Charles De Gaulle, todo el peso de la guerra recayó sobre los británicos.

Sin embargo, en esta ocasión, como en otras en que debió afrontar el peligro de ser invadida y conquistada por el enemigo, tal como ocurrió cuando se enfrentó a la España de los Borbones, a Portugal y a Holanda, su situa-

ción insular fue el arma por excelencia que le permitió sortear tan duras pruebas. Nuevamente, frente a Hitler, la historia fue consecuente con esta particularidad de estar separada de Europa por el Canal de la Mancha. Así lo comprendió el Führer alemán y por ello apeló al lenguaje de la paz, al proponer un acuerdo a los ingleses, que éstos se apresuraron a rechazar categóricamente por los términos en que fue concebida y por abrigar la convicción de que los pactos con Hitler podrían ser letra muerta, una vez que se sortearan ciertos obstáculos que entorpecían sus planes expansionistas, tal como aparecían consignados tan concretamente en su obra "Mi Lucha". Si antaño los había salvado su insularidad, su escuadra naval y las condiciones de la naturaleza, que suelen desencadenar grandes temporales en el mar del Norte, en esta ocasión, no obstante el progreso de los medios bélicos ideados por los alemanes, los británicos habían dispensado a su aviación y a sus defensas aéreas, terrestres y marítimas, todo lo que el ingenio humano podía concebir para enfrentar la técnica a la técnica, en la guerra silenciosa de los laboratorios. Pero el factor esencial iba a ser constituido, como la comprobarían los acontecimientos, por la batalla aérea. Para los ingleses sería decisiva para su seguridad y supervivencia. Para los alemanes sus planes de invasión estaban supeditados a la supremacía aérea sobre el Canal de la Mancha y sobre aquellos puntos de la costa meridional inglesa elegidos

para el desembarco. Les era pues vital conseguir la necesaria protección contra los ataques aéreos ingleses para realizar sus preparativos en los puertos de embarque, reunir los transportes y eliminar las minas en los lugares designados para la travesía. Con todo, ya los alemanes habían concentrado a lo largo de la costa septentrional de Europa 168 barcos de transporte, 1.910 barcasas, 419 remolcadores y 1.600 lanchas motoras.

Sin la destrucción de la Real Aviación Británica (RAB), así como de los aeródromos escalonados de Londres al mar, era de todo punto de vista imposible desarrollar la operación "León Marino".

Bajo estas condiciones y circunstancias se empeñó la batalla aérea de la Gran Bretaña, en la que se jugaría el destino de Europa y tal vez del mundo, pues cabe pensar lo que sería una Alemania dueña de todos los recursos de un continente tan industrializado y con el dominio sobre las inmensas regiones agrícolas del este.

La contienda en que se empeñó la Gran Bretaña no sería a la postre tan desigual como era de suponer en principio. Disponía de un poderío naval incuestionable que le facilita su aprovisionamiento de materias primas, materiales estratégicos, equipos de guerra, embarcaciones de transporte y de combate y recursos económicos de su vasto imperio colonial y de los Estados Unidos, que fluirían incesantemente pese



a las severas pérdidas de transporte que le ocasionaban los submarinos alemanes, sus barcos de guerra de superficie y sus aviones. Contaba además unos cuerpos de ejército integrados por los franceses libres, belgas, holandeses, polacos y checos que en número aproximado de 250.000 soldados habían logrado escapar de la derrota militar en Europa. Con estos elementos, hábilmente aprovechados por los británicos constituyó un potencial de combate que junto con cerca de 400.000 veteranos de la contienda europea y más de un millón de guardias metropolitanos entrenados en la defensa, terminaría por disuadir a los nazis de lanzar su proyectada invasión sobre las islas británicas.

Casi todos los comentaristas militares coinciden en apreciar que la batalla aérea contra Inglaterra se inició hacia la primera quincena de julio de 1941, que fue cuando se produjeron la primeras arremetidas en masa contra los objetivos determinados en el plan alemán. La relativa tregua para el ataque posiblemente se debió a que tanto la aviación como la armada nazi debían reponer las pérdidas y desperfectos experimentados en Noruega y en la campaña de Francia. Esta pausa permitió a los británicos completar y perfeccionar sus planes de defensa, iniciados desde luego con anterioridad al desastre francés e incrementar la producción de sus naves de guerra aéreas y navales.

Una vez que Alemania desencadenó sistemáticamente la operación aérea que juzgó suficiente para destruir y aplastar el potencial de la RAB y quebrantar la moral y el espíritu del pueblo británico, sus ataques revistieron una intensidad de tal naturaleza que en el cielo se libró un choque infernal continuo de escuadrillas de aviones bombarderos, de caza, etc. de uno y otro bando, que se renovaban sin interrupción día y noche, como una pesadilla macabra sin fin, iluminada por las explosiones que se sucedían en tierra y aire, las llamas de los incendios, los haces luminosos de los reflectores y el estallido de granadas y proyectiles antiaéreos. En esta baraúnda el reabastecimiento de combustible de los aviones no disminuía la intensidad de la lucha porque nuevas escuadrillas surgían de uno y otro bando para mantener siempre el ritmo, tanto del ataque como de la defensa. Barrios enteros de Londres y de otras localidades se derrumbaban como castillos de naipes y los incendios devoraban ruinas de edificios, puentes, instalaciones de servicios, fábricas, vehículos de transporte, etc. Los aviones que se precipitaban a tierra alimentaban aún más el mar de llamas y con sus explosiones sacudían y destrozaban los refugios subterráneos, sembrando más el caos y el desconcierto. Del 10 de julio al mes de octubre de 1941 las pérdidas de aviones, acorde con las siguientes tablas, revelan uno de los primeros balances de la lucha:



	Aviones británicos perdidos	Aviones alemanes perdidos
Julio de 1941 a partir del 10	58	164
Agosto	360	662
Septiembre	361	582
Octubre	136	325
Total	<b>915</b>	<b>1.733</b>

A propósito de estas cifras y de los combates sucedidos en el espacio aéreo, un observador, el Brigadier norteamericano, Strong, jefe de la sección de planos militares estadounidenses y jefe de la misión militar que Norteamérica enviara a Londres para estudiar los resultados de los ataques de la Luftwaffe, declaró lo siguiente: "La Luftwaffe no ha causado serios perjuicios a la potencialidad de la aviación inglesa... Las cifras de pérdidas alemanas dadas por los ingleses pecan más de prudencia que de otra cosa".

No obstante, aún estaba por librarse la batalla de Londres. Si bien la invasión había sido aplazada, hasta el 27 de septiembre no renunció Goering a la empresa de ganar la guerra por sus propios métodos. En octubre, Londres sufrió duros asaltos, pero el ímpetu alemán se dispersó, fraccionándose en una serie de ataques sueltos a muchos lugares. A la concentración de esfuerzos siguió la diseminación. Había empezado la batalla de desgaste, de desgaste ¿para quién?

Ya para el final, la fibra y el valor de los aviadores de caza británicos permaneció imbatida y suprema. Fue así como se salvó Inglaterra del terrible peligro que la amenazó incesantemente, sin tregua ni reposo.

El primer ministro Churchill al informar sobre estos primeros resultados sintetizó su comunicado con estas palabras: "En la esfera de los conflictos humanos, nunca tantos han debido tanto a tan pocos".

Londres habría de sufrir un incesante bombardeo en el curso de 57 noches. Jamás una extensión urbana había sido sometida a semejante tratamiento y nunca tantas familias a la vez debieron afrontar tales horrores. La extensa ciudad fue atacada todas las noches del 7 de septiembre al 3 de noviembre, por un promedio diario de 200 bombarderos.

Durante la última semana de noviembre y primera de diciembre el peso del ataque enemigo gravitó sobre los puertos de Bristol, Southampton y Liverpool, que fueron intensamente bom-

bardeados. Luego llegaría el turno a Plymouth, Sheffield, Manchester, Leeds, Glasgow y los demás centros de fabricación de armamentos y municiones.

Mientras se libraba la guerra aérea, otros conflictos, también de mucha importancia se cumplían en los laboratorios y centros de investigación científica, alemanes e ingleses. Era la guerra secreta de los sabios contra sabios cuyas batallas se perdían o ganaban sin trascender al público. De allí saldrían el radar, los radios boyas, los proyectores invisibles para engañarse los contendientes unos a otros, y para superar el peligro que emanaba del ingenio humano, enfocado exclusivamente a la destrucción y la réplica a ensayos y procedimientos para superar la inventiva del contendor. Y otro factor de tanta trascendencia era la guerra económica desatada por los ingleses a nivel mundial, en colaboración con las naciones neutrales, bajo el patrocinio del dominio naval. Y por último, el empleo de la vía diplomática para ejercer presión sobre otros países, aún neutrales, para que se adhieran a algunos de los dos bloques.

Para la defensa aérea en 1941 los ingleses habían logrado instalar una apreciable cantidad de bocas de fuego, reflectores y una serie de elementos para interceptar no sólo los bombarderos sino cualquier intento de invasión.

Conforme a las cifras presentadas en los informes elaborados por los comandantes británicos, en dicho año, algunos de estos

elementos totalizaban los siguientes guarismos:

Cañones pesados	1.687
Cañones ligeros	790
Lanzacohetes	40
Reflectores	4.500

Centenares de lanzallamas verticales instalados en lugares estratégicos para la protección de fábricas y emplazamientos militares, del fuego de los tanques, de aviones en vuelos razantes. Piezas de artillería pesada provistas de radar. Globos cautivos con cinturones de seguridad suspendidos en lugares aptos para interceptar las formaciones aéreas que lograran atravesar la cortina protectora de artillería antiaérea. Lanchas rápidas, debidamente armadas, para la defensa de los ríos. Destruyores para la protección de las costas. Embarcaciones dragaminas, provistas de cañones de pequeño calibre para la intercepción de aviones y barcos enemigos.

Destruyores, en formación cerrada, para el control de las costas meridionales aptas para desembarcos.

La guerra aérea proseguía su labor destructora cuando los alemanes habían ya lanzado su ataque contra Rusia. Pero la respuesta británica no se hizo esperar y los bombarderos comenzaron a lanzar sus proyectiles contra Berlín y los grandes centros industriales y portuarios de la Alemania nazi.

**OBRAS CONSULTADAS**

Una vez que se generalizó el conflicto mundial, la guerra aérea continuó ininterrumpidamente, pero mientras que Inglaterra en asocio de los aviones estadounidenses intensificó su acción demoledora sobre Alemania, la segunda comenzó a debilitar sus ataques de aviones, pero puso en acción las terribles bombas 1 y 2 que afectaron en una tremenda escala la destrucción de los centros poblados británicos.

Como Napoleón en 1804, el Führer alemán no osó por fin asaltar mediante invasión las islas británicas. La férrea voluntad del pueblo inglés había logrado neutralizar el arrollador poderío alemán. La historia fue consecuente con la condición de insularidad de la Gran Bretaña.

Memorias Winston Churchill.- Tipografía Miguza, Barcelona. Los libros de nuestro tiempo. 1949.

Historia General de las Civilizaciones.- Director, Maurice Crouzet. Ediciones Destino. Barcelona.

Reportaje de la Historia.- 136 relatos de testigos presenciales sobre hechos ocurridos en 25 siglos. Editorial Planeta. Barcelona.

La Segunda Guerra Mundial.- G. Deborin. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú. 1961.

Ensayo Político Militar, bajo la redacción del General Mayor I. Zubkov.